

Volver al pasado: Reflexiones sobre la casa de los conejos

*Laura Alcoba*¹

Por detrás de esta construcción se levanta una obra absolutamente diferente, inmensa y de una importancia única: la casa que habitamos ha sido elegida para ocultar en ella la imprenta montonera. (Laura Alcoba, *La casa de los conejos*)

En el 2003 volví por primera vez a la casa de los conejos junto a mi hija. Si bien había regresado a Argentina en distintas ocasiones y siempre por motivos puntuales: como ir de vacaciones o visitar a mi familia nunca me había atrevido a visitar ese lugar. Había una especie de tabú en relación con esa casa. Era un lugar del que no se hablaba por muchas razones. En gran parte, por una especie de dificultad que hay y que era todavía más fuerte en el pasado, particularmente para mi madre, de evocar ese momento que para ella es muy doloroso de recordar. En especial, por el hecho de haber sobrevivido. El sentimiento de culpa por haber sobrevivido era muy grande. Por eso, creo, no existía un relato familiar sobre este pasado. No había nada. O tal vez sí existía, pero desde la no formulación. De algún modo, yo tenía presente mi experiencia en esa casa aunque sin haberlo formulado y sin hablarlo.

En especial tenía presente a Diana Teruggi. Cuando nosotros vivíamos en esa casa con mi madre, yo tenía una relación, una especie de vínculo muy fuerte con ella. Ella era como mi segunda madre. Esa cercanía que yo sentía con Diana se debía en parte a la condición de clandestinidad en la que se encontraba mi madre. Había diferentes niveles de clandestinidad.

A diferencia de Diana, mi madre estaba en la clandestinidad total. A causa de esta situación mi mamá estaba en la parte del fondo de la casa, en lo que se

llamaba el “embute”, a saber el cuarto secreto en que se encontraba la imprenta, con pocas ocasiones de salir afuera de la casa. Yo estaba en una situación más frágil que Diana, al estar obligada a tener papeles falsos, pero a diferencia de mi madre, yo no tenía que estar todo el tiempo adentro. Yo salía y entraba, iba y venía entre la parte de atrás de la casa y la parte de adelante, y por eso pasaba tanto tiempo con Diana.

El momento de volver a aquella historia, a esa casa, tuvo que ver con el nacimiento de mi hija. Yo ya tenía dos hijos varones pero tal vez el nacimiento de Hélène me generó una especie de relación espejo con Diana y Clara Anahí. Entonces, por una serie de azares, yo entré en contacto con Chicha Mariani por *email*.² Conseguí su dirección de correo por casualidad. Me encontré con alguien que me dijo que su madre conocía a Chicha Mariani, y me decidí a escribirle. Eso fue en octubre del 2003: yo tenía previsto ir a Argentina por una ocasión familiar, para celebrar el cumpleaños número ochenta de mi abuela. Y entonces, le escribí antes de ese viaje, diciéndole que quería volver a la casa en la que había vivido, pero que no quería ir sola. Sabía que no podía ir sola emocionalmente. Quería volver a la casa, pero quería que me acompañara alguien y ese alguien era Chicha Mariani. Yo quería visitar la casa y sobre todo hablar con Chicha. Quería saber más, ya que sabía muy poco del destino de esa casa. Es decir, sabía lo que había ocurrido allí, que habían sido todos asesinados al poco tiempo de que mi madre y yo abandonáramos la casa. Le escribí diciéndole: “No sé si usted se acuerda de mí, yo me llamo Laura Alcoba (aunque en realidad no estaba segura de que conociera mi apellido auténtico), soy la hija de Silvia. Vivimos en la casa con su hijo”. Yo sabía que ella sabía que yo había vivido en esa casa, porque varias veces a mí me habían dejado en la casa de ella para que me cuidara. Me contestó inmediatamente diciendo que se acordaba de mí.

“Yo creía que tu mamá y vos estaban muertas”, me dijo en su carta. Esa frase fue como un sacudón muy fuerte. Yo sabía que tendríamos que haber muerto. De hecho, era a eso a lo que yo le daba siempre vueltas. Después de un breve intercambio epistolar quedamos en que yo, en octubre del 2003, cuando fuera a la Argentina iría a visitar la casa con ella. Fui a la casa con Chicha Mariani. En ese momento, la casa no era un lugar de memoria como es ahora pero había un pequeño grupo que se estaba armando con la idea de crear un lugar de memoria. Era un grupo de jóvenes, estudiantes de historia, pero que no habían vivido la época de la dictadura, porque eran de otra generación. Los estudiantes al verme acompañada por Chicha y enterarse de que yo era sobreviviente de un lugar del que no había testimonios comenzaron a hacerme preguntas. Preguntas sobre la vida allí, sobre la imprenta, sobre el sitio en que se encontraban las cosas.

Mi madre, en ese viaje, estaba en Argentina y se había encontrado con Chicha, pero no quiso visitar la casa. De hecho, ella nunca volvió a esa casa.

Aun sabiendo que yo iba, decidió no acompañarme, no pudo hacerlo ya que no es emocionalmente capaz de volver a esa casa. Entonces yo fui sin ella. Estuve hablando con esa gente, y para mí fue terrible ese retorno. Lloré mucho al ver lo que quedaba de la casa de los conejos. Pude llegar a distinguir los restos de la imprenta clandestina, aunque todo estuviese destruido, agujereado. Se nota a primera vista que el ataque fue de una violencia feroz, que se dispararon tiros de mortero, los cuales destruyeron las paredes. El “embute” que yo recordaba al fondo estaba sin techo. Era muy fuerte estar ahí, en el lugar donde yo me veía jugar y ver que todo era ruinas y escombros. La superposición de lo vivido, de cada recuerdo de mi infancia con las marcas de la destrucción y la muerte generaba en mí una emoción muy fuerte. En el garaje todavía estaba la furgoneta, que había sido acribillada a balazos. El techo había sido incendiado, y en la parte de atrás donde estaban los conejos y la imprenta, casi no quedaban rastros. El retorno fue un terremoto emocional debido a la superposición del hoy con aquel noviembre del 76, que fue el momento que yo no vi pero que está inscripto en el lugar y lo anterior que yo todavía tenía presente. Por momentos, me sentía ahí como antes del ataque, como antes de que fuera todo ruinas. Veía a mi mamá, veía a Diana y a los conejos. Fue muy difícil encontrarme en esa casa que para mí era la de antes y que al mismo tiempo hablaba de lo que había ocurrido.

Al volver de ese viaje escribí pequeñas cositas. “¿De qué me acuerdo de lo vivido en esa casa?” A esa pregunta la empecé a contestar por escrito: me venían imágenes, momentos, escenas inconclusas. Yo no sabía que iba a escribir “La casa de los conejos” pero sentía la necesidad de poner por escrito lo que me acordaba de esa época. No tenía ninguna huella, fue como escribir un álbum de fotos ausente. Escribía frases cortas, palabras sueltas: el “embute”, los cables que permitían la apertura de la pieza secreta, Diana, su cara, su pelo, la vecina tan bella y tan rubia. . . . Imágenes a través de las cuales intentaba poner por escrito recuerdos visuales, los recuerdos de mi paso por esa casa a los siete años de edad. Después los guardé y los dejé cierto tiempo a un lado, hasta después de mi segunda visita a la casa. Volví a la casa de los conejos en febrero del 2006. Esta vez llevé a mis tres hijos y a mi marido conmigo. Como ya había estado allí una vez sentía que lo podía soportar mejor. Y fue al volver de este segundo viaje cuando retomé la escritura de lo que terminó siendo mi primera novela.

Empecé a escribir con la idea de una alternancia de voces: una voz adulta que vaya explicando y alternando constantemente con la voz infantil. Como yo tenía entre siete y ocho años cuando viví esa experiencia, la voz infantil fue más fuerte y finalmente de la voz adulta solo quedó el principio, el capítulo del embute y el final. La voz adulta no me convencía del todo, en parte porque me hacía entrar en consideraciones que no quería abordar. Para mí era

muy importante no caer en lo que yo veo como una doble trampa: por un lado, la idealización de una lucha que no fue la mía y por otro lado una forma de crítica o de condena de la militancia. Quedarme en la posición infantil me hacía sentir legítima para contar una militancia que no fue mía. Es así y yo estaba ahí. Y desde ese lugar quise contar. *La casa de los conejos* fue el resultado de toda una mezcla de recuerdos que se me fueron imponiendo. Además la escritura respondía a una necesidad de olvido y de superar lo vivido. Necesitaba contar para así poder olvidar.

París, 27 de junio 2017.

Notas

1. Laura Alcoba compartió la militancia clandestina de sus padres. La casa a la que ella hace referencia, la casa de los conejos, fue uno de los lugares donde vivió con su madre, junto a Daniel Mariani y Diana Teruggi. Tras la pantalla de un criadero de conejos funcionaba allí la imprenta donde se hacía el periódico Evita Montonera. Diana Teruggi junto a otros militantes que se encontraban en la casa en el momento del ataque fueron asesinados por las fuerzas armadas el 24 de noviembre de 1976.
2. María Isabel Chorobik de Mariani quien falleció recientemente el 21 de agosto del 2018, en la ciudad de La Plata fue una de las fundadoras de Abuelas de Plaza de Mayo, conocida como “Chicha”, durante más de cuarenta años se dedicó a la búsqueda de su nieta Clara Anahí, quien fue secuestrada por los genocidas a los pocos meses de su nacimiento y continúa aún hoy desaparecida.

Obras citadas

Alcoba, Laura. *La casa de los conejos*. París: Edhasa, 2008.

Alcoba, Laura. “Volver al pasado: Reflexiones sobre la casa de los conejos”. *Vestigios del pasado: Los sitios de la memoria y sus representaciones políticas y artísticas*. Eds. Megan Corbin y Karín Davidovich. *Hispanic Issues On Line* 22 (2019): 277–280.